

1ra. Carta de Pedro Santidad: Camino a recorrer*

Raúl Sosa

Resumen: el artículo es un estudio de la Primera carta de Pedro. En su texto se analiza principalmente el concepto de santidad considerándola como “obediencia a la verdad”, colocándola en la esfera de las relaciones sociales. En ese contexto el amor será lo que articule la dimensión personal y la social-comunitaria de la santidad.

“First Peter. Holiness: A path to be followed”

Abstract: The article is a study of the first epistle of Peter. It primarily analyzes the concept of holiness, understood as “obedience to truth”, and located in the sphere of social relationships. In this context, love is that which serves to connect the personal and the social-communitarian dimensions of holiness.

La bancarrota que hoy vive la Argentina -y buena parte del mundo- no sólo es económica y política, es ética y espiritual. En medio de este derrumbe, ¿se puede vislumbrar algo nuevo? La visión bíblica de la vida y de la historia responde que es posible, que existe una oportunidad y un desafío. Esta visión puede condensarse en el concepto de santidad. Aquí abordaremos este tema a la luz de 1 Pedro.

La Primera carta de Pedro: viviendo lo nuevo mientras subsiste lo viejo

* **Palabras claves:** Nuevo Testamento. 1 Pedro. Santificación. Misión.

Vivir en la diáspora

Esta carta está dirigida a pequeñas comunidades cristianas en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia (1:1). Estas comunidades estaban, en parte, integradas por judíos convertidos a la fe cristiana, esto es lo que sugieren las varias referencias al Antiguo Testamento (1:16; 1:24 s.; 2:6ss.; 2:22; 3:10-12; 4:8; 4:18; 5:5) y las alusiones a sucesos como la Pascua en 1:2 y 18s. y el Diluvio en 3:20. La reiteración de citas y alusiones veterotestamentarias no se justificarían si el autor no hubiera sabido que entre los destinatarios de su carta había personas provenientes del judaísmo que conocían la historia de Israel, la Ley y los Profetas.

Por otro lado, también formaban parte de estas comunidades hombres y mujeres provenientes de la gentilidad y el paganismo. Las referencias a un pasado “en la ignorancia” (1:14), “descarriado” (2:25) y de “abominables idolatrías” (4:3s.), al igual que lo dicho acerca de que las mujeres se “han convertido en hijas de Sara” (3:6), difícilmente podrían ser aplicadas a gente de origen judío.

Nos encontramos, pues, con un manojito de pequeñas comunidades con antecedentes tanto judío como pagano, pero cuyos integrantes están ahora reunidos por una decisión común: transitar por un camino nuevo, el camino de Jesucristo. Pedro ha visto que esa aceptación del llamado de un Dios que no “hace acepción de personas” (1:17), que no distingue entre judíos y gentiles, ha colocado a estos creyentes en una situación especial: *la diáspora* (1:1; 1:17; 2:11). Pero esta no es la diáspora de una etnia o de una nación dispersa en diferentes países —como, por ejemplo, lo era la judía—, se trata de una diáspora de hombres y mujeres que, aunque puedan permanecer en su lugar de origen, han decidido vivir de manera diferente de sus coterráneos. Su nueva vida los ha convertido en una suerte de extranjeros en medio del mundo que los rodea.

Si bien la carta afirma que los que viven bajo el señorío de Cristo son “extraños” al mundo, esto en modo alguno implica desentenderse de él. Por el contrario, Pedro llama a los creyentes a vivir en medio de la sociedad de manera ejemplar (2:12). Que los cristianos tengan que vivir como “forasteros” no los habilita a una conducta evasiva y desinteresada de la vida del resto de la gente. Tampoco puede ser la justificación para una comprensión sectaria de la fe, que siempre termina sofocando y falseando el evangelio en el encierro y el aislamiento. Hay que ser ciudadanos respetuosos, buenos trabajadores y cumplidores responsables de las obligaciones familiares (2:11-3:7) porque los que siguen a Jesucristo únicamente pueden vivir fielmente el carácter de “extranjeros” a partir de una actitud de preocupación y responsabilidad en relación al contexto circundante. Pedro está convencido de que es a partir de una actitud de responsabilidad y compromiso que otros podrán llegar a “glorificar a Dios” (2:12), a ser ganados por el evangelio (3:1). En resumen, Pedro considera que esas pequeñas comunidades a las que diri-

ge su carta son una diáspora enclavada en un territorio de misión. Precisamente esa es su vocación, ser un pueblo de "extranjeros" que han sido llamados como embajadores, encargados de "anunciar las virtudes de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable" (2:9s.)

El hecho de ser extranjeros conlleva de por sí una serie de dificultades, pero en este caso se agrega una adicional: eran extranjeros despreciados. Si bien lo que leemos en el texto no nos permite hablar de que existiera una persecución oficial, es decir, una política de parte de las autoridades destinada a perseguir y reprimir a los cristianos, sí comprobamos que eran víctimas de un hostigamiento pertinaz y generalizado de parte del resto de la población.¹ Aquellas comunidades vivían en medio de agresiones constantes, fruto de las calumnias, las murmuraciones y las burlas de las que eran objeto (2:12; 2:18-20; 3:9; 3:14-17; 4:14-16; 5:9). En efecto, no tenían una vida fácil ni cómoda.

Esta atmósfera de diáspora sufriente y confesante es la que marca el propósito de la carta. Ante la difícil situación de misión en medio del desprecio y la persecución, Pedro procura con su escrito fortalecer, alentar y ayudar a los creyentes del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia para que puedan descubrir la calidad de vida y la dirección en la que están llamados a vivir, y para que puedan responder fielmente tanto en las dificultades como en los desafíos que la circunstancia les impone.

Para ello Pedro ha percibido que la historia se revela como un rico manantial donde esta minoría de cristianos, confrontados con la adversidad, puede encontrar las frescas aguas del consuelo y el fortalecimiento. Pero para conseguir esto hay que comprenderla en toda su magnitud, es decir, entender que existe una visión de la historia que es portadora de una promesa cierta y de una esperanza vital, una visión que Dios le revela a su pueblo para que pueda resistir con firmeza (5:9s.) y marchar con alegría (1:6; 4:13s.), a pesar de los sufrimientos presentes.

Existe en el autor la certeza de que la historia camina en una dirección imposible de torcer, que avanza hacia una meta que resulta ineludible: la salvación (1:9). Esta meta ya ha sido anticipada mediante la resurrección de Jesucristo. Consecuentemente, los que creen en el resucitado, a partir de ese acto de fe, son capaces de renacer a una esperanza viva (1:3) y a una alegría desbordante, inexplicable para aquellos cuya visión de la historia no logra traspasar la superficie (1:8). Esa fe es el lente que permite observar la historia con hondura, hasta el punto de descubrir su más rico y absoluto significado. Esa fe es la fuerza con la cual el creyente puede rasgar el velo de tragedia y sinsentido con que la historia suele recubrirse, para alcanzar a vislumbrar en ella el horizonte de la salvación.

¹ Si hubiera una persecución promovida y ejecutada desde el gobierno, difícilmente se podría entender la inclusión de un texto como 2:13-17. Sin embargo, 4:12 abre un margen de duda acerca de que una persecución así esté comenzando.

Esta historia, que en el proyecto de Dios apunta hacia la salvación, transcurre entre dos tensiones que operan paralelamente. A una de esas tensiones se la puede formular como *lo transitorio y lo definitivo*, a la otra como *lo corruptible y lo incorruptible*. Es en medio de ambas tensiones donde la vida cotidiana de los cristianos tiene que desarrollarse. Estas dos tensiones son tan importantes para el autor que, con distintos nombres, atraviesan toda su carta.

Entre lo transitorio y lo definitivo

Las autoridades y Dios (2: 13-25): A primera vista parece que Pedro tiene una percepción por demás optimista e ingenua acerca del rol que desempeñan los gobernantes —proteger a las personas buenas de las malas—, a partir de la cual se puede llegar a atribuirle un conformismo legitimador de aquel orden injusto y opresivo del cual los propios cristianos eran víctimas. Pero si se hace una lectura atenta de este texto se podrá observar que no es así. Para Pedro sólo Dios es la autoridad; Dios es lo único absoluto, todo otro poder o autoridad cae dentro del orden de lo relativo y lo precario. Por lo tanto, el cristiano es sustancialmente libre (2:16), si se somete al poder humano es por una opción que hace “a causa del Señor” (2:13). Opta por ello porque es lo que su fe le indica y exige como lo más conveniente en ese momento en función del proyecto de Dios y de la misión que le ha sido encomendada.² Por esta razón es que en este pasaje la tensión de lo transitorio y lo definitivo se puede expresar también como *sumisión y libertad* (2:13 y 16).

Tan relativa y provisoria es la autoridad de los gobernantes que ante ellos hay que tener la misma actitud que frente a cualquier otra persona: se debe honrar al rey de la misma manera que se debe honrar a todos. Tan sólo Dios es el que merece temor, o sea, una absoluta fidelidad y reverencia (2:17).³

Exactamente lo mismo acontece en relación a los amos: no hay que someterse a ellos porque ocupen, en un orden social definitivo e incuestionable, una posición que inherente y naturalmente les confiere autoridad y poder. Si fuera así, Pedro estaría invitando a los creyentes a vivir servilmente. Para Pedro el sometimiento de los creyentes merece aprobación en tanto constituye una decisión de conciencia ante Dios (2: 19). Es la consideración al Señor lo que exclusivamente debe pautar la actitud frente a los patrones. Si por fidelidad a Dios la conciencia indica que hay

²El sometimiento entra en el plano de lo conveniente, está en el orden de lo táctico, coyuntural, en consecuencia exige discernimiento. El someterse a las autoridades no constituye una ley ni una receta que deba aplicarse universalmente a todas las épocas. Por el contrario, cada generación de cristianos, de acuerdo con su circunstancia histórica, tendrá que discernir el tipo de relación con los gobernantes al que los desafía la misión y el evangelio de la salvación.

³Es sugestivo el orden que tiene el versículo, el cual demuestra que para Pedro primero está la gente y por último el rey: el amor a los hermanos y a Dios debe estar entre esos dos extremos, ocupando el centro de la vida del creyente. La autoridad queda así subordinada al amor. Esto se refleja también en cómo el autor concibe su propia autoridad en la comunidad de la fe: para él, la autoridad está vinculada a la igualdad y a la equidad (5:1ss).

que someterse, siempre debe permanecer en claro que este sometimiento está dentro del plano de lo provisorio. Únicamente la autoridad de Dios es absoluta y definitiva.⁴ El eje de la sujeción a las autoridades —políticas o de cualquier otra esfera— no se encuentra en el acatamiento conformista de un orden establecido, sino que ha sido desplazado hacia un actuar en conciencia y responsabilidad frente a Dios y el prójimo.

Nuestro sufrimiento y el sufrimiento de Cristo (3: 14-18): Pedro sabe muy bien que el evangelio no propone una vida sin sufrimientos, ellos son parte de la vida y del compromiso en favor de la vida, el bien y la justicia. Sabe, además, que desde el punto de vista de la fe el dolor no constituye el horizonte último. Existe una perspectiva de esperanza que lo desabsolutiza. El sufrimiento se convierte así en algo transitorio, capaz de ser enfrentado y vencido, capaz incluso de llegar a ser portador de un significado profundo, enriquecedor y trascendente.

Esta perspectiva de esperanza que le quita poder al sufrimiento, encuentra su fundamento en un sufrimiento que sí ha sido definitivo y suficiente: el de Cristo en la cruz. A partir de la cruz hay esperanza porque en ese acontecimiento se hace visible de manera incontestable y permanente la grandeza del amor salvífico de Dios. La cruz de Cristo ha abierto un camino definitivo para que los hombres y las mujeres de cada tiempo puedan llevar a Dios sus heridas a fin de que él las alivie y las sane. El sufrimiento de Cristo nos revela a un Dios que no da la espalda a la aflicción de sus hijos, sino que les tiende el puente de la cruz para que en la comunión con él puedan encontrar dirección y fortaleza.

Tan poderosa es esta perspectiva de esperanza que, al permitir que nuestro propio dolor sea incorporado al acontecimiento de la cruz, este se transforma en una experiencia anticipada de la gloria de la salvación. En tal sentido encontramos que esta tensión de lo transitorio y lo definitivo posee otras variantes en la carta: *la aflicción y la salvación* (1: 5 y 6), *la persecución y la gloria de Cristo* (4:12-14; 5:10).

Por consiguiente, si bien el tiempo presente está marcado por el sufrimiento, este no tiene la última palabra; la salvación, esto es, el triunfo del proyecto de Dios es lo único y verdaderamente definitivo. Esta seguridad gesta una esperanza y una

⁴ Hemos dicho que el sometimiento del que Pedro habla está lejos de justificar una conducta servil —a todas luces, indigna—. Aquí el sometimiento adquiere validez en tanto constituye una decisión que circunstancialmente dictamina la conciencia de los creyentes en referencia a Dios. Esto finalmente convierte el sometimiento en un acto de gloriosa dignidad, de una dignidad propia de Jesucristo, en cuyas pisadas pretenden caminar los cristianos (2: 21). Como verificación de que es ésta, y no otra, la concepción de Pedro, es conveniente hacer notar el doble sentido con que el autor emplea la palabra *sometimiento* en 5: 5 y 6. En el versículo 5 la sumisión se refiere a los demás —en este caso particular a los ancianos—, y allí la sujeción reclamada se caracteriza como *humildad*. Los creyentes no deben caer en actos o sentimientos de soberbia en las relaciones con el prójimo o en las relaciones sociales. Lo que se requiere ante otros seres humanos, no importa el rango que posean, es *humildad*. Por otro lado, en el versículo siguiente el sometimiento se refiere a Dios, y allí adquiere el carácter de *humillación*, es decir, ante Dios sí hay que inclinarse completamente en adoración y obediencia. Por lo tanto, no hay que confundirse, frente a los seres humanos someterse implica *humildad*, y frente a Dios *humillación*, la diferencia entre un significado y otro es muchísimo más grande que un simple matiz.

alegría creciente a partir de la cual los creyentes se apropian de una fuerza que, no sólo les permite enfrentar el sufrimiento, sino también derrotarlo.

Entre lo corruptible y lo incorruptible

El oro, la plata y Jesucristo (1: 7, 18 y 19): El oro y la plata simbolizan aquello que sustenta esa manera de vivir que Jesucristo vino a superar. Para esa “vieja” forma de vivir, el oro y la plata están en la cúspide de lo que se concibe como riqueza, dicho carácter lo obtienen en razón de que el mundo les confiere un valor tan real como singular. Es más, porque se les atribuye tal clase de valor es que acaban convirtiéndose en una meta fundamental, donde las personas y las sociedades creen poder encontrar validez y significado. El oro y la plata se erigen así como los más eficientes dadores de poder, seguridad, reconocimiento y legitimación tanto en el plano personal como social. En esto radica su fuerza de atracción, seducen porque se presentan como instrumentos de “salvación”, o sea, como los medios más eficaces para alcanzar la plenitud de vida.

Ahora bien, cuando el ser humano se apoya en algo perecedero, cuando construye su existencia sobre un fundamento corruptible, el resultado es previsible. Este no puede ser otro que una falsa calidad de vida y un falaz horizonte de “salvación”, lo cual inevitablemente deriva en la futilidad y el sinsentido, vale decir, en una vida hundida en la inconsistencia. Y cuando la vida se torna inconsistente entonces rápidamente se derrumba bajo el imperio de la desesperanza, el temor, la inseguridad, el egoísmo y la confusión de valores. Por lo tanto, para que la vida pueda ser vivida con un profundo y verdadero significado, requiere ser “rescatada”. Precisamente para eso es que Dios ha enviado a su Hijo; su vida y su entrega constituyen el precio del “rescate”. Jesucristo es el único camino capaz de transformar una vida falseada en una verdadera, una vida corruptible en una incorruptible, una vida perecedera en vida eterna.

El esplendor de la carne y el evangelio (1: 23-2: 2; 3: 3-6; 4: 1-6) El esplendor de la carne, al igual que el oro y la plata, caracteriza esa forma de vivir alejada del proyecto salvífico de Dios. La gloria y la exaltación de lo que el Nuevo Testamento designa como “carne”, suele presentarse como lo que le da contorno a una vida plena y abundante.⁵ Pero por más que la carne intente ocultar su fragilidad y

⁵ El *Diccionario de la Biblia* de H Haag, A. Van Den Born y S. De Ausejo dice lo siguiente: “frecuentemente se toma carne (c.) por la naturaleza humana débil, caduca y limitada o por el hombre débil (Jn. 3:6; 6:63; Flp. 3:3; Rm. 6:19; 7:5,18,25; 2 Co. 1:17; 1 Tim. 3:16). Así la c. se contrapone a lo que es fuerte, imperecedero, divino (Jn. 3:6; 6:63; Mt. 16:17; 1 Co. 1:29; 15:50; Heb. 2:14s.; 1 Tim 3:16; Gá. 1:16). En Pablo c. se refiere casi siempre a lo débil y caduco del hombre. La c. o lo carnal indica muy a menudo en Pablo lo que es puramente humano o terreno (“natural”), en contraposición a lo cristiano, espiritual, sobrenatural... Pablo no profesa el dualismo de los filósofos griegos, que concebían la materia como esencialmente mala; el dualismo reconocido por Pablo en el hombre no es de naturaleza ontológica, sino ética.” Con este contenido ético, existencial y social del concepto “carne” es con el que nos manejamos aquí, ya que es el que también se corresponde con el pensamiento de Pedro.

perversión detrás del reluciente esplendor con que se adorna, no logra escapar del plano de lo corruptible y perecedero. Más allá de su fascinación, lo único que puede aportar es un delgado barniz exterior, incapaz de hacer desaparecer las imperfecciones y deformidades de una manera de vivir que ignora y traiciona el más profundo designio del ser humano. A pesar de todo el lustre o la popularidad que socialmente se le confiere a esta clase de vida, ella no es más que una débil fachada que no puede soportar ni resolver las tormentas y dificultades que ineludiblemente deben enfrentar tanto las personas como las sociedades. Por más que “la carne” se revista con la espectacularidad del éxito, la fama, el placer y la belleza exterior (3:3s.), no es más que el enaltecimiento de un ídolo con pies de barro, que como todo ídolo es de naturaleza perecedera y corrupta. La consagración de la vida a algo que se caracteriza por ser efímero y corruptible indefectiblemente genera efectos tales como: malicia, engaño, hipocresía, envidias e infamias (2:1), desenfreno y disolución (4:4). Todas y cada una de estas conductas atentan contra una vida en plenitud y destruyen al ser humano.

Porque el vivir en “la carne” hace marchar al ser humano a contramano de lo que verdaderamente da satisfacción y de lo que sustenta una sociedad justa y fraterna, la chance de una vida distinta necesariamente implica un cambio radical, solo comparado con un “renacer”. Ese “renacer” es lo que de manera inalterable y permanente Dios ofrece en Jesucristo; esa posibilidad es lo que resume el evangelio que quedó grabado a fuego en la historia con la muerte y resurrección de Jesús. Ciertamente el evangelio es la buena noticia por excelencia porque nos anuncia, sin otro esplendor que una vida nacida en un pesebre y entregada en una cruz, que Dios ha plantado a perpetuidad en los terrenos de la historia una simiente que permite el alumbramiento de hombres y mujeres nuevos, cuyas vidas alcanzarán densidad de verdad y eternidad.

La propuesta de un estilo de vida alternativo

Con el propósito de alentar a aquellas pequeñas comunidades que debían hacer frente a una situación cargada de sufrimientos, dudas y debilidades, el autor invita a mirar la historia con los ojos de la fe, porque ésta permite descubrir que detrás de la fragilidad, los temores y las angustias presentes hay otra cosa: la inquebrantable promesa salvífica de Dios. Esa salvación, a la que apunta la historia y que ha sido revelada y anticipada en la resurrección de Jesucristo, pone de manifiesto que el dolor, la falsedad, lo corrupto, la injusticia, la inseguridad, la futilidad y el vacío son pasajeros por más invencibles que parezcan. Si bien resulta innegable que la historia se debate en una tensión constante entre la salvación y lo que a diario parece derrotar el proyecto de Dios, sabemos por medio del evangelio, renovado permanentemente en el seno de la propia historia, que uno de los polos de esta

tensión —el proyecto salvífico— es incommovible y definitivo. A partir de esa certeza se hace posible, en todo tiempo, “renacer a una esperanza viva”. Rescatar el verdadero sentido de la vida y de la historia ya no es entonces una vana ilusión: no sólo existe una perspectiva nueva de futuro, también para el propio presente se ha abierto en Jesucristo la gran oportunidad de que nuestra vida sea conectada a una dimensión de plenitud y eternidad.

Efectivamente, en medio de las tensiones de la historia se puede vivir una vida sintonizada con la salvación, ese es el gran desafío al que están llamados los cristianos. Entre lo transitorio y lo definitivo, lo corruptible y lo incorruptible hay una manera en que Dios quiere que los creyentes vivan. Existe en el “entre tanto” de la consumación de la salvación una vida que es coherente con ese horizonte de esperanza que Dios ha abierto: la *santidad*.⁶

La santidad aparece aquí como el concepto que engloba la vocación que recae sobre los hombres y mujeres que han decidido edificar su vida sobre esa “piedra angular” que es Jesucristo (2: 4-6). Para Pedro la vida cristiana posee varias aristas desde las cuales puede ser enfocada, es decir, son varios los rasgos con que la fe en Jesucristo va esbozando en lo cotidiano esa imagen de ser humano que responde al proyecto de Dios. Tanto es así que a lo largo de la carta aparecen distintas expresiones que definen a los cristianos: los extranjeros y peregrinos (1:1; 1:17; 2:11); los renacidos (1:3; 2:2); los testigos (2:9b; 3:1; 3:15); los limpios por el bautismo (2:21); los mayordomos (4:10). Pero si bien la vida cristiana puede ser considerada desde cualquiera de estas aristas, la santidad constituye el punto de convergencia de todas ellas. La santidad es el concepto que resume ese estilo de vida que Dios ha querido injertar en la historia como renuevo de salvación. Es con el fermento de vidas vividas en santidad con lo que crece la perspectiva de un sentido pleno y verdadero, que ahora está al alcance del ser humano a través de Jesucristo.

La santidad, en tanto vocación de vida, no sólo es la buena noticia de que Dios ofrece y hace posible una vida diferente, ella opera también como la única herramienta eficaz por medio de la cual los creyentes pueden llevar a cabo la misión. Esta fuerza misionera de la santidad radica esencialmente en su integralidad: es a la vez *anuncio* —una vida verdadera es posible— y *llamado* —se es santo para

⁶ Cuando afirmamos que entre las tensiones de la historia se manifiesta una forma de vivir fiel al evangelio —la santidad—, conviene aclarar que de ninguna manera hay que entender ese “entre” como si fuera una vía intermedia. La santidad no es el resultado de armonizar los polos que configuran las tensiones de la historia. Esto no sería otra cosa que permanecer en una tibieza tan anodina como lejana al evangelio. Lamentablemente en muchísimas ocasiones los cristianos de todas las épocas hemos vivido una fe caracterizada más por la ambigüedad y las concesiones que por el compromiso. Aquí la expresión “entre” enfatiza, precisamente, esta dimensión de compromiso; el cristiano no puede vivir su fe escapando a la historia y sus tensiones, la santidad es tal cuando sobre la base de un firme compromiso con “el mundo” se vive sin ser “del mundo”, para utilizar la fórmula de Juan 17. Para Pedro es muy claro: no hay santidad en la evasión de la historia, sí la hay en el compromiso de transformarla en respuesta coherente al proyecto salvífico de Dios.

proclamar “las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”—. Y es una promesa que exige un compromiso radical en cada una de las esferas de la vida del creyente: a nivel individual (1:15s) y comunitario (2:9) al interior de la iglesia (1:22; 3:8-12; 5:1-6) y afuera: en la familia (3:1-7), en la política (2:13-17), en el trabajo (2:18-21) y en las relaciones sociales (3:13-16).

La santidad: promesa y desafío

Existen diversas ideas acerca de cómo se divide estructural o temáticamente 1 P. Se puede establecer una primera división entre lo que podríamos denominar: salud y prólogo (1: 1-12); la dimensión teológica (1: 13-2: 10); la dimensión ético-misionera (2: 11-5: 9) y bendición y saludos finales (5: 10-14).

Seguidamente voy a referirme a los pasajes que configuran el plano más teológico de la carta.

Rescatados para ser peregrinos (1 P. 1:13-21).

Al leer este pasaje se descubre rápidamente que el llamado a la santidad constituye el eje del texto.

“Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está : Sed santos porque yo soy santo.” (v.15 y 16)

Esta centralidad de la santidad se comprueba en el hecho de que también aparece como la tesis básica de toda la carta, asentada ya desde el principio:

“a ustedes a quienes Dios conoció de antemano y eligió y santificó...” (v.2)⁷

Resulta evidente en este llamado expresado en los versículos 15 y 16 que la santidad queda absolutamente referida a Dios: se es santo *como* el que llama es santo, se es santo *porque* Dios lo es. Esta conexión de la santidad del creyente con la santidad de Dios implica, por una parte, un insoslayable requisito de coherencia. Si se ha tomado la decisión de transitar en los caminos de Dios, de marchar siguiendo su guía, la vida cotidiana tiene necesariamente que desarrollarse en franca correspondencia con sus promesas, sus desafíos y enseñanzas. Ser cristiano significa vivir *como* Dios quiere y espera que vivamos, que “toda nuestra manera de vivir” esté ligada a su voluntad. Significa que la vida de cada día, en cada una de sus expresiones —la relación con los demás, las metas y opciones que adoptamos, la valoración de las cosas y de la gente... — se identifique con la más clara y concreta revelación de Dios: Jesucristo (2:21; 4:1s.). Ahora bien, si la vida del creyente

⁷ La traducción utilizada aquí es la de la *Biblia Latinoamericana*.

tiene que “con-formarse”, vale decir, asumir la forma de Dios, se debe tener clara conciencia de que ser cristiano implica incorporarse a una maravillosa y desafiante dinámica de comunión con la propia naturaleza de Dios, la cual aquí es definida como santidad.⁸

Si el llamado a la santidad conlleva una inevitable demanda de coherencia con la voluntad de Dios, toda la fidelidad, seguridad, fuerza y esperanza de los creyentes debe sustentarse primera y básicamente en Aquél que es santo. El alto grado de exigencia de este llamado seguramente debe haber causado una profunda sorpresa y la impresión de algo imposible de realizar en los hombres y mujeres a quienes Pedro dirigió su carta. Quizás sea la misma impresión que hoy nos provoca a nosotros el ser confrontados con tamaña demanda. ¿Es posible ser santos como Dios es santo? ¿Quién puede llegar a una estatura de fe de tal magnitud? ¿Quién puede responder fielmente a una exigencia tan grande? Ciertamente el desafío es grande pero no debemos ignorar que esta exigencia de total entrega y fidelidad constituye tan solo una parte del llamado. La otra parte nos muestra que sí es posible vivir en santidad *porque* Dios es santo. La santidad es a causa de Dios, es gracia. Y dado que sustancialmente es gracia, la posibilidad de vivir en santidad no se juega exclusivamente en las capacidades o el virtuosismo que el ser humano pueda exponer. Es algo que Dios ofrece y confiere como una maravillosa posibilidad de vida para todos aquellos que responden afirmativamente a su invitación.

Por lo tanto, hay que estar expectantes y preparados para descubrir y procurar ese invaluable regalo que se pone de manifiesto y se nos otorga en la revelación de la persona de Cristo. Es preciso estar espiritualmente alertas para no pasar de largo ante las multiformes manifestaciones cotidianas de esa gracia, por medio de la cual Dios nos quiere alcanzar para modelar en santidad nuestra existencia, hasta en su núcleo más íntimo y profundo.

“Estén alerta, esperando confiadamente la gracia que van a recibir cuando se presente glorioso Cristo Jesús.” (v.13)⁹

En resumen, el llamado a la santidad implica, por un lado, vivir en completa fidelidad a la voluntad de Dios; por otro lado, más allá de que la exigencia pueda desbordar nuestras energías y capacidades, es algo que resulta factible porque es gracia: se es santo en virtud del amor de Dios y no por las virtudes que podamos poseer como mérito propio. He aquí, pues, los dos elementos constitutivos de este

⁸ Pedro expresa categóricamente en 2 P. 2: 3-10 que, a partir de la fe, la naturaleza del creyente se transforma, hasta el grado de participar plenamente en la misma naturaleza de Dios. Cabe destacar que los atributos de esa “nueva naturaleza”, presentados en 2 P. 2: 3-10, coinciden con varias de las características que en la primera carta le son atribuidas a la santidad.

⁹ Aquí también utilizamos la traducción de la Biblia Latinoamericana.

llamado: ser santos *como* Dios lo es y ser santos *porque* Dios lo es.

La santidad, por consiguiente, es esa invitación a vivir en la maravillosa y desafiante dinámica que Dios nos propone. Podemos decir que esta dinámica es maravillosa porque es el fruto del amor y la gracia de Dios que impregna toda la historia, y es desafiante porque su gracia no es una “gracia barata”, sino que, por el contrario, exige una verdadera decisión de fe y una disposición de permanente consagración.

La santidad puede ser definida como una dinámica histórica de vida porque ella está en las antípodas de cualquier acontecimiento de carácter mágico o accidental. Mientras que en las visiones mágicas de la vida y de la historia todo lo que sucede se explica merced a la misteriosa operación de unas fuerzas extrañas e insondables, y no por nuestras propias acciones y opciones, esta concepción de la santidad requiere la voluntad y el compromiso del ser humano.¹⁰ Para Pedro la santidad en modo alguno puede acontecer al margen de nuestra decisión y entrega: somos libres para aceptarla o rechazarla; si la aceptamos, debemos demostrarlo con actitudes cotidianas:

“con la mente preparada para el servicio y viviendo con sobriedad, pongan una esperanza sin reservas en el don que les va a traer la manifestación de Jesús el Mesías. Como hijos obedientes no se amolden a las aspiraciones que tenían antes, en los días de vuestra ignorancia” (v.13 y 14)¹¹

Efectivamente, la santidad no se consigue ni barata ni mágicamente, exige de los creyentes una participación tan activa como constante. Los versículos 13 y 14 nos muestran que este compromiso se expresa y adquiere vigor en la búsqueda incesante de crecer en la comunión con Jesucristo¹², en la disposición para el servicio, en el vivir con sobriedad, en el tener una esperanza sin reservas, en la obediencia fiel y en el no amoldarse a las vanas aspiraciones que la cultura y la sociedad pretenden imponer. Así, pues, como Jesucristo es la señal visible de la inconmensurable gracia de Dios, estas actitudes son los verificadores del compromiso del creyente.

La santidad constituye una dinámica de vida que se arraiga en el ser humano

¹⁰ Desde una perspectiva sacralizadora esas fuerzas sobrehumanas son vistas como “espíritus”, en una perspectiva más profana o secular ellas adquieren el nombre de “destino”. En esta época, que algunos han denominado “posmodernidad”, es interesante constatar cómo ambas perspectivas pueden llegar a convivir en una misma persona. Pero sea cual sea la nomenclatura que se utilice —espíritus o destino—, lo cierto es que en la comprensión mágica la existencia se convierte en una especie de campo de operaciones de estas “fuerzas extrahumanas”, la persona deja entonces de ser sujeto, constructor de su destino, para transformarse en un objeto que anda a la deriva en el torrente de las “potencias cósmicas”.

¹¹ Traducción de la *Nueva Biblia Española*.

¹² El “alerta espiritual” o “la preparación de la mente” tiene como significado básico la búsqueda constante de la comunión con Jesucristo.

a partir de la interacción de la gracia de Dios y del compromiso personal. Es en la conexión de estos dos elementos —gracia y compromiso— que se genera esta corriente que nos ilumina y moviliza a fin de que podamos alcanzar el verdadero y más profundo sentido de nuestra vida.

Otro elemento que separa a la santidad de las concepciones mágicas es que ésta es entendida como un proceso, es decir, como un camino que transitamos diariamente hasta el final de la existencia. Por el contrario, la visión mágica suele creer que los cambios se producen sin necesidad de que transcurra el tiempo como una condición ineludible para el desarrollo personal o para el logro de las metas propuestas.

Que la santidad es un proceso lo vemos en el hecho de que, como todo proceso, tiene un punto de arranque:

“fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir”
(v18)

La santidad comienza cuando percibimos que hay un Dios que está pronto a “*rescatarnos*”. Llamado a la santidad y “rescate” son dos dimensiones de la gracia que marchan paralelas.

En la vida de fe invariablemente existe un momento de carácter existencial cuando descubrimos el amor de Dios y nos encontramos personalmente con su gracia. Para algunos esa experiencia de encuentro personal con Dios, ese momento existencial, puede identificarse fácilmente con uno de carácter cronológico preciso; para otros el encuentro con la gracia aparece como un punto de inflexión vinculado más con determinados estados de ánimo o circunstancias espirituales que con alguna fecha en particular. Pero, sea que podamos o no relacionar nuestra confrontación con la gracia con algún día o lugar en especial, ésta siempre constituirá la experiencia de un Dios que de una u otra manera nos “rescata”.

En los tiempos de Pedro, los que requerían ser rescatados eran los esclavos, los cautivos, los oprimidos, los que se habían perdido o habían sido heridos. No hace falta mucho esfuerzo para darnos cuenta de que estas, además de ser realidades particulares y específicas, son también realidades existenciales que permanentemente acechan al ser humano. Al igual que en el pasado, tanto el hombre como la mujer del presente también se hallan agobiados por esclavitudes y opresiones que funcionan a nivel personal y social. Hoy como ayer, los efectos de la culpa, del vacío, de la falta de sentido, de una conducta errática y de una vida mal vivida siguen oprimiendo y lastimando. Es por eso que una vida en plenitud tiene que experimentar, como condición *sine qua non*, ese “rescate” que únicamente la gracia de Dios puede otorgar.

Por lo tanto, los que aun no han sentido esa fuerza redentora de Jesucristo son llamados a buscar apasionadamente la comunión con Aquél que rompe las

cadenas que sujetan al ser humano a una vida sin valor ni sentido. Por su parte, se insta a los que ya han experimentado el “rescate” de Dios, a recordar permanentemente que esa gracia que es capaz de hacer “renacer”, en modo alguno es una gracia “barata”. Dios ha pagado un precio altísimo:

“no con cosas corruptibles, como oro y plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como un cordero sin mancha y sin contaminación” (v.18b y 19)

La gracia de Dios ha costado mucho, nada menos que la vida de Jesucristo, y la razón por la que Dios ha estado dispuesto a asumir tan inmenso sacrificio es tan sencilla como esencial: nos ama.

Dios nos ama tanto que, sin importar nuestra condición, ante sus ojos nos convertimos en algo precioso. Para él la vida de cada uno de sus hijos e hijas es tan preciosa como la misma sangre de Jesucristo por nosotros derramada.¹³ Es en virtud de ese amor que en el encuentro y en la relación con Dios el creyente siente que su vida adquiere un valor diferente. Cuando la vida es puesta en las manos de Dios, cuando se la expone a la poderosa y vivificante luz de su amor, ella comienza a tomar una tonalidad completamente distinta; hay una nueva validez y significado que se hacen claros.

Esta experiencia de la vida que se torna preciosa en el contacto con el amor de Dios tiene una contracara: la ausencia de Dios expone al ser humano a la ausencia de sentido. Pedro observa que existe una relación directa entre una vida degradada y la ignorancia de Dios, y esta conclusión está avalada, más que por la lógica del razonamiento, por el propio pasado de aquellos que son los destinatarios de esta carta. Es por eso que primeramente los convoca a no vivir “conforme a los deseos de la carne que tenían antes de conocer a Dios” (v.14), para luego afirmar: “Dios los ha salvado a ustedes de la vida sin sentido que heredaron de sus antepasados” (v.18).¹⁴ El amor de Dios desata las ligaduras del pasado y nos coloca de cara al camino de la santidad.

Una de las razones fundamentales por las cuales el amor de Dios es algo tan poderoso radica en que es incorruptible, tal como lo define Pedro. Una vida que se construye sobre bases corruptibles acaba siendo una vida hueca e inconsistente. Sólo lo incorruptible puede ofrecer una existencia con verdadera substancia, tanto a nivel personal como social. Y es precisamente porque la experiencia de fe en Jesucristo implica la decisión y el compromiso de edificar la vida sobre un fundamento “incorruptible” que esta fe le permite al ser humano descubrir esa perspectiva trascendente, capaz de sostener y de hacer ver nuevas posibilidades hasta en los tiempos más críticos.

¹³ Recordemos cuánto significaba la sangre para los judíos: símbolo de la vida y de la Alianza.

¹⁴ En estas citas he seguido la versión *Dios habla hoy*.

Afirmamos anteriormente que la santidad es esencialmente un proceso. Si bien la experiencia de ser “rescatados” por la gracia de Dios configura un “punto fuerte” del llamado a la santidad, ésta en modo alguno se reduce a esa experiencia sino que se proyecta más allá de ese momento existencial para transformarse en una manera de vivir, es una forma de marchar por la vida, de conducirse:

“conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación” (v.17b)

La santidad es presentada aquí como una “peregrinación” tanto espiritual como ética. Ciertamente, somos “rescatados” por medio de la gracia, y lo somos para transitar por la vida de tal forma que nuestra consagración crezca cada día en respuesta concreta, reverente y fiel al proyecto salvífico de Dios. La santidad es inagotable dinámica de vida y de ninguna manera puede estar asociada con conductas de encapsulamiento religioso —legalismo moralista, dogmatismo, tradicionalismo, espiritualismo intimista—, es decir, con una religiosidad que está mucho más cerca del fariseísmo que del cristianismo. Pedro nos enseña que Dios quiere santos y no santurrones.

Pedro concibe este “peregrinar” inspirado por algo que constituye un paradigma de la voluntad salvífica de Dios: la Pascua. La imagen de la entrega de Jesucristo como el sacrificio de “un cordero sin mancha y sin contaminación”(v.19) indudablemente hace referencia al ritual judío de la Pascua (Ex. 12:1ss.). Teniendo en cuenta que hay personas provenientes del judaísmo entre los destinatarios de la carta, cabe suponer que Pedro no apela a esta figura simplemente como imagen sino que también le interesa subrayar el significado substancial de esta celebración tanto dentro del “Antiguo Pacto” como del “Nuevo Pacto”. El festejo de la Pascua para el pueblo judío trae a la memoria aquel “pasaje” de la esclavitud de Egipto a la libertad de la “tierra prometida”, un “pasaje” que constituye una vocación y un designio permanente. Sin perder de vista la significación veterotestamentaria, la Pascua cristiana se centra en el recuerdo de la muerte y resurrección de Jesucristo. Este “salto” de la muerte a la vida se erige también en una promesa salvífica irrevocable. En consecuencia, la santidad como condensación de estas dos vertientes de la Pascua, se convierte en una suerte de éxodo constante, cuya dirección es “la nueva persona”, manifestada en el Jesús resucitado, y “la nueva tierra”, promesa que ahora se renueva desde la perspectiva del Reino.¹⁵ Desde el paradigma pasqual, la santidad se transforma en un “peregrinar” cotidiano en pos de alcanzar una verdadera vida, tanto en lo personal como en lo social. Esta verdadera vida, que resume a la “persona nueva” y a la “sociedad nueva”, es al mismo tiempo el camino y la meta que Dios nos ha trazado por medio de Jesucristo.

¹⁵ “Hombre nuevo” y “tierra nueva” se corresponden. En la perspectiva bíblica no puede existir una sin la otra.

En definitiva, en tanto peregrinación la santidad consiste en una marcha que entraña un punto de arranque, un camino y una meta final tal como se ha dicho. Ser santos, pues, es caminar día a día sostenidos por la vivificante gracia del amor de Dios, e iluminados por la poderosa esperanza manifestada en el evangelio de Jesucristo.

Varias son las razones que nos indican que una vida con verdadero sentido está a nuestro alcance. Hasta el momento hemos visto que esto es posible porque no depende exclusivamente de nuestras energías o capacidades sino que es, por sobre todas las cosas, una oferta basada en la gracia. Vimos también que esta es una forma de caminar por la vida que ya ha sido recorrida por Jesucristo, él ha abierto y trazado el camino para que podamos transitarlo. Al mismo tiempo, tenemos en la persona de Jesucristo “la más preciosa e incorruptible” garantía de que la reafirmación de nuestra decisión de marchar por este camino siempre vale la pena, más allá de los sufrimientos y las caídas, más allá incluso de todos los sacrificios que tengamos que hacer. Finalmente podemos decir que una vida santa es posible porque ella es parte fundamental del proyecto salvífico de Dios que atraviesa la historia, y que se plasma en Jesucristo como el modelo a seguir, como el principio y el fin, como origen y finalidad de una existencia auténtica.¹⁶

“Ese es Cristo, en el que pensaba Dios ya desde el principio del mundo y que se presentó para ustedes al final de los tiempos. Gracias a él, ustedes creen en Dios, que lo resucitó de entre los muertos y lo glorificó, precisamente con el fin de que pusieran en Dios su fe y su esperanza.” (v. 20 y 21)¹⁷

Porque la historia y nuestra propia vida personal se han convertido en la cancha donde Dios juega el partido de la salvación, es que podemos tener esperanza y confiar en la promesa de una vida verdadera. Porque el proyecto de Dios es que tengamos una vida en santidad, él nos invita a marchar por la vida con la seguridad de que el cumplimiento de esta promesa no ha quedado librado al azar, ni es el fruto de un accidente de la historia. El acontecer de la salvación es un proyecto divino y no un mero capricho de la historia; caminar en santidad hacia una vida plena no es una vana ilusión piadosa.

¹⁶ Si bien anteriormente dijimos que en nuestra historia personal existe un punto de arranque de la santidad —ese momento donde la gracia se hizo explícita como “rescate”—, no debemos pensar que el inicio de la acción santificadora de Dios queda restringido a dicha circunstancia, en realidad la gracia siempre opera de antemano como proyecto histórico de salvación. Por consiguiente, la gracia es constante y Dios la derrama sobre nosotros de manera previa a que poseamos conciencia de ella.

¹⁷ La traducción es de la Biblia Latinoamericana.

En definitiva, la santidad es esa dinámica de la vida y de la historia que constituye nuestra más legítima vocación personal y social. En ella está la base de una nueva naturaleza tanto de la persona como del mundo, una nueva naturaleza a la que Dios, por medio de la fe en Jesucristo, ya nos ha hecho renacer y hacia la cual nos convoca a peregrinar sostenidos por una esperanza viva.

Peregrinando hacia lo incorruptible (1 P. 1:22-2:3).

Anteriormente definimos a la santidad como una dinámica de vida —tanto en lo personal como en lo social—, una dinámica que tiene un punto de arranque en la experiencia de ser “rescatados” por el amor de Dios, y que se desarrolla cuando encaramos nuestro diario vivir decididos a convertirlo en un caminar coherente con el proyecto salvífico encarnado en Jesucristo. Veamos ahora de qué forma el autor se aboca a reforzar esta idea desde el comienzo de este texto cuando en los v. 22 y 23 dice:

“Habiendo purificado vuestras almas por obediencia a la verdad, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro.”

Lo que primeramente salta a la vista es la asociación entre santidad y pureza, tan así es que el texto comienza y termina haciendo la misma referencia: “habiendo **purificado**...”; “...de corazón **puro**”. Esta vinculación entre “purificación” y “santificación”, en realidad, no es una creación de Pedro, sino que es algo que estaba firmemente arraigado desde tiempos antiguos en la religiosidad judía. Prueba de ello es el hecho de que en las leyes del Antiguo Testamento se encuentran diversos tipos de ritos de purificación prescriptos como una suerte de vía de acceso a la santificación.¹⁸ Por lo cual, la idea de una purificación ritual debió resultar algo muy familiar para los primeros cristianos provenientes del judaísmo. Por su parte, los creyentes procedentes del paganismo también estaban familiarizados con ritos de purificación e iniciación mística. Las religiones místicas poseían una batería de ritos considerados mecanismos eficaces para garantizar la salud, la felicidad y la inmortalidad.

Por otra parte, también es evidente que aquí la idea de purificación está conectada con la práctica del bautismo. Tanto es así que algunos estudiosos han considerado a 1 P. como una catequesis de bautismo, mientras otros la han visto como una especie de liturgia bautismal. Sean más o menos acertadas estas interpretaciones, lo que parece indudable es que la expresión “habiendo purificado vues-

¹⁸ El Antiguo Testamento enumera los casos en los que la persona debe purificarse mediante acciones rituales claramente especificadas. Ver, por ejemplo, Ex.29:1-4; Lv. 11:24-40; 14:1-8; 15:1-31; Nm.19:1-24

tras almas” hace referencia directa al acontecimiento del bautismo.¹⁹

En tal sentido, no sería extraño que algunos de los integrantes de estas comunidades hubieran llegado a identificar —o cuanto menos a asociar muy estrechamente— el sacramento del bautismo con una concepción de carácter ritualista ligada a la obtención de la santificación. Esta reducción de corte ritualista transfiere el valor e importancia del sacramento del significado a la forma. Lo que importa ya no es toda la rica gama de contenidos personales y comunitarios que se ponen de manifiesto por medio del “signo” —de un gesto significativo— sino el rito en sí. El bautismo entonces pasa a valer no por la realidad existencial y espiritual que expresa y a la que remite, sino en tanto y en cuanto acto formal. Se produce así una sobrevaloración del hecho formal que, al mismo tiempo, implica una devaluación del bautismo como “signo”, es decir, de su más viva significación.

Llegado a este extremo, el sacramento no sólo pierde contenido sino que virtualmente se convierte en algo mágico. Lo que antes “significaba” una promesa y un desafío, ahora es visto como algo acotado a un acto y a un momento. Consiguientemente, la santificación deja de ser un camino por el cual hay que avanzar acompañando las diversas áreas de la vida al impulso de la gracia para quedar transformada en una esfera sacro-religiosa a la que se accede con absoluta prescindencia del acontecer cotidiano y de las relaciones con los demás.

Muy probablemente Pedro, preocupado por este tipo de confusiones, haya tenido fundamental interés en hacer de esta carta un medio para enseñar, corregir o prevenir a sus comunidades sobre la desviación mágico-ritualista del bautismo y la deformación sacro-religiosa de la santidad. Al mismo tiempo es igualmente evidente que Pedro estaba muy interesado en establecer adecuadamente la conexión entre las tres dimensiones que aquí están en juego —bautismo, purificación y santidad— de tal forma que no se traicione el verdadero sentido cristiano.²⁰

Pedro realiza dos precisiones que implican un salto cualitativo con respecto a las concepciones mágico-ritual y sacro-religiosa. En primer lugar, el autor de la carta nos dice que la auténtica purificación más que por un acto ritual se logra por medio de “la obediencia a la verdad”. De esta manera, tanto el bautismo como la posibilidad de que nuestra vida sea purificada y pueda ser vivida en santidad se remiten esencialmente al seguimiento de Jesucristo como respuesta de fe ante esa gracia de Dios que nos rescata del sinsentido (1:18). Por consiguiente, la fe ya en modo alguno puede ser restringida a acciones de tipo religioso que tienen lugar

¹⁹ Esta afirmación se ve fortalecida por una variante textual que acepta Reina-Valera, por la cual agrega en el v.22 la fórmula “mediante el Espíritu Santo”. No he incluido esta fórmula al transcribir los v. 22 y 23, no sólo porque Reina-Valera es la única versión donde aparece, sino también, y fundamentalmente, porque resulta claro que es un agregado que interfiere con la estructura original del texto, como se verá más adelante.

²⁰ Este interés vuelve a hacerse claro en 3:18-21

exclusivamente en el ámbito de lo sagrado: ritos, templos, fechas especiales, tradiciones, etc. La fe que purifica y santifica, aquella que se corresponde con la gracia, la que debe ser “significada” en el acto del bautismo, la que transforma, renueva y llena la vida de sentido, es la fe que se encara como discipulado, vale decir, como un constante ejercicio de obediencia histórica a la verdad de Dios revelada en Jesucristo. Por lo tanto, para Pedro la santidad y el discipulado son realidades equivalentes, que se testimonian en el bautismo como don y compromiso.

Cuando la persona acepta la invitación de Jesucristo y se decide a transitar por el camino que él ha revelado, cuando la fe se convierte en “seguir sus pisadas” (2:21) y no queda encerrada en eventuales “acciones religiosas” se pone a nuestro alcance una poderosa fuerza de liberación y salvación.

Esta fuerza de la fe es purificadora porque nos permite descubrir la magnitud del amor y del perdón de Dios que “blanquea” y alivia nuestro pasado para que los errores cometidos no continúen siendo un pesado lastre. Esta es una fuerza que nos redime de tantas claudicaciones y concesiones que sin darnos cuenta van corroyendo nuestra vida hasta convertirnos en quien no queremos ser: una persona débil, o quizás temerosa, o contradictoria, dividida entre la afirmación teórica de ciertas valoraciones morales y una práctica cotidiana muy distinta. La fe, en cuanto seguimiento, nos permite escuchar ese llamado de Dios que desata las ligaduras de todo aquello que distorsiona la vida y ofusca las relaciones con los demás. Es la fe la fuerza que destruye la ceguera que provocan la desesperanza y el escepticismo, y nos da una visión más aguda de la existencia y de la historia que nos posibilita ver más allá de los desalentadores límites que la realidad impone.

En resumen, la auténtica fe cristiana no es otra cosa que “obediencia a la verdad”. Cuando ella es vivida así, invariablemente constituye una fuerza que renueva la voluntad y da el coraje para crecer —en lo personal y lo comunitario— en una vida de verdad. Es decir, la fe que se define como seguimiento y discipulado es una fuerza histórica de santidad, capaz de recuperar lo degradado o perdido, y de iluminar la vida con un nuevo sentido superador de la oscuridad, el desánimo y la sensación de impotencia en la que tantas veces caemos como personas y como sociedad.

Precisamente esto es lo que debe ser “significado” en el bautismo. Por un lado, aceptación de la gracia de Dios que nos rescata y reconcilia con él, con nosotros mismos y con los demás. Por otro lado, compromiso con un discipulado que se verifica en el seguimiento de Jesucristo. Cuando el bautismo no está vivamente respaldado por este significado es un acto hueco. Deja de ser “signo” para quedarse en un rito incapaz de trascender la comprensión mágica de la religión o la inercia de la tradición. De esta forma Pedro nos muestra que bautismo, purificación y santificación son parte de un mismo y único movimiento de salvación: romper con lo que

corrompe y adultera la vida para hacernos partícipes de la naturaleza misma de Dios (2 P.1:3 y 4). Estas tres dimensiones de la fe son, sin lugar a dudas, constitutivas de ese peregrinar en la dirección de lo incorruptible.

Pedro, con el objetivo de articular adecuadamente bautismo, purificación y santificación, destaca otro elemento que hace a la esencia misma de este movimiento de salvación: “el amor fraternal no fingido”. Muy posiblemente el autor es consciente de que el mayor peligro que enfrenta la fe cristiana no está en las persecuciones o en las adversidades exteriores, la amenaza más fuerte está en la pretensión de vivir la fe al margen del amor. Son varias las razones que pueden llevar a que la fe tome distancia del amor: el dualismo, que divide al ser humano en cuerpo y espíritu y que desfigura la fe en espiritualismo; el individualismo, que no es otra cosa que una versión moderada y encubierta del egoísmo; la comodidad, que hace que la fe se disuelva en la tibieza de la indiferencia y la apatía; el temor, que en la búsqueda de lo seguro siempre arrastra al encierro y a la introversión —ya sea en uno mismo, o en el pequeño círculo de la familia, del templo o de una tradición—. Seguramente estás no sean las únicas razones que separan fe y amor, pero sí creo que son las más comunes.

Sería ingenuo pensar que la fe sólo se aleja del amor cuando los creyentes abiertamente rechazan amar. Es cierto que podemos encontrar en la historia de la Iglesia momentos así, que sólo han podido disfrazar la negativa a amar mediante burdos argumentos.²¹ Pero en la mayoría de las ocasiones la fe se deslinda del amor por la vía del fingimiento. El amor y la fraternidad son fingidas cuando no son concretos y no buscan ser eficaces. Y para ser concretos y eficaces tienen que estar acompañados por la justicia, la equidad y la solidaridad.

Ciertamente, quedarse en una fe que no apunte decididamente a transformar la realidad, resulta una amenaza tan sutil como seductora. Sólo la fe que se hace visible en el amor puede ser coherente con un Dios que no quiso quedarse en la esfera de un más allá sagrado, sino que descendió a nuestra historia para “hacer todas las cosas nuevas”.

La fe que no se concreta en la práctica del amor es una fe adulterada a causa de una falsa concepción de Dios y de la salvación. Esto nos lleva a la conclusión a la que Pedro quiere arribar: sólo en “el amor fraternal no fingido” el bautismo, la purificación y la santificación se amalgaman y adquieren plena consistencia. Para decirlo de otra manera, el amor y la fraternidad, que tan rotundamente han sido expresados en Jesucristo, constituyen la médula del discipulado y de la santidad.

²¹ Podemos tomar como ejemplo a los cristianos del nacional-socialismo en la Alemania nazi, a los defensores del apartheid en Sudáfrica y en América Latina aquellos cristianos que dieron la espalda ante el terror de la tortura y la muerte, llegando algunos de ellos a formar parte activa de ese genocidio.

Hasta aquí hemos podido ver cómo, apoyándose en los pilares de “la obediencia a la verdad” y del “amor fraternal no fingido”, Pedro resguarda a la santidad de que sea absorbida por concepciones ahistóricas. Y para confirmar su característica de dinámica histórica de vida, el autor lo remarca en la propia estructura del texto. Seguidamente veremos cómo la trama textual de este pasaje se configura a partir de la idea de una marcha o peregrinación que, como toda marcha, posee un comienzo, un camino, algo que queda atrás y un destino-vocación.

1. ***El punto de inicio*** : La purificación (“habiendo purificado vuestras almas”)
2. ***El medio o la vía*** : La obediencia (“por la obediencia a la verdad”)
3. ***Lo que queda atrás*** : El fingimiento (“amor... no fingido”)
4. ***El destino-vocación*** : El amor (“para el amor fraternal... amaos unos a otros...”)

Es claro que esta estructura refleja una marcha existencial que subraya aun más el aspecto dinámico e histórico de la santidad. La misma estructura se aplica a 1:23-2:3. Veamos primero el pasaje para luego ver de qué forma aparecen también allí los cuatro puntos de la marcha.

“Siendo renacidos no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. Porque: ‘Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre.’ Y esta es la palabra que por el evangelio ha sido anunciada.

Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación si es que habéis gustado su benignidad.”

1. ***El punto de inicio*** : Renacidos (“siendo renacidos...” v.23a)
2. ***El medio o la vía*** : La Palabra (“por la palabra de Dios que vive...” v.23b)
3. ***Lo que queda atrás*** : La carne (“Porque toda carne es...” v.24 y 2:1)
4. ***El destino-vocación*** : Crecer para salvación (“para que por ella crezcáis para salvación” 2:2)

En el texto y, consecuentemente, en la dinámica de la santidad existe:

1) Un punto de arranque: El encuentro con la gracia, que abre delante del ser humano un nuevo horizonte que es experimentado como un “nuevo nacimiento”. Este es un encuentro que ofrece e invita a recomenzar la vida con un sentido diferente y con un fundamento nuevo: Jesucristo. Pedro nos dice que quien comienza a recorrer el camino de la santidad puede marchar con confianza, porque ahora se apoya en un fundamento incommovible, que proyecta a la persona en una dirección auténtica e incorruptible.

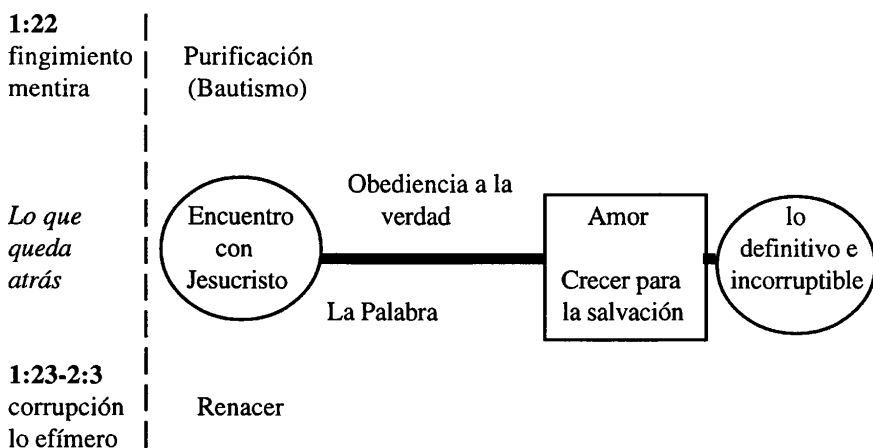
2) Hay un medio que hace renacer y santifica: La Palabra. Ella hace renacer porque es una palabra de vida, vale decir, una palabra creadora. En el principio Dios creó por medio de la palabra (Gn. 1), y esta continúa siendo la vía que Dios utiliza para renovar la creación, para llevarnos a una vida nueva en lo personal y en lo social. Por lo tanto, el anuncio del evangelio —la Palabra que se hace historia (Jn. 1:1.14)— constituye una permanente prolongación del acontecimiento salvífico y creador.

3) También existe algo que necesariamente debe quedar atrás, algo con lo cual hay que romper: “la glorificación de la carne”. Esta expresión se refiere a la perversión del propósito para el cual hemos sido creados. La “carne” es una perversión de orden existencial que se manifiesta en diversas perversiones sociales y morales: “maldad, engaño, hipocresía, envidia y chismes”.²²

4) Finalmente hay un camino que tiene que ser recorrido constantemente como sentido y vocación: “crecer para salvación”. La vida en santidad es una vida que va creciendo en el discipulado, y en la cual la fe va madurando en virtud del alimento que recibe de la Palabra. Cuando decidimos seguir a Jesucristo y nos nutrimos con la Palabra, la identificación con el proyecto salvífico crece y una vida que crece y se prepara para la salvación vale la pena porque tiene futuro.

Tanto 1:22 como 1:23-2:3 poseen un rico significado separadamente, pero este significado se complementa y se potencia cuando colocamos ambos textos “en paralelo”. Observemos el siguiente esquema:

la dinámica de la santidad



²² Aquí según la versión Dios habla hoy. Cabe aclarar que las manifestaciones morales (en realidad “inmorales”) de la perversión existencial cambian según los diversos tiempos y sociedades. Pedro menciona una serie de corrupciones que él ve en su sociedad; nuestra responsabilidad hoy es descubrir y señalar aquellas que aparecen en la nuestra.

peregrinación hacia lo verdadero e incorruptible

En la conexión de los dos textos se hace visible lo siguiente:

* Por un lado, una vida vana —que no es verdadera— genera indefectiblemente fingimiento y corrupción. Por otro lado, la corrupción tiene por delante una única perspectiva posible: una vida falsa. Este es el círculo degradante de la perversidad existencial y moral que el encuentro con Jesucristo rompe, haciendo posible una vida diferente .

* El bautismo debe estar respaldado por un cambio de vida, “renacer”, y este cambio debe ser expresado litúrgicamente por el bautismo como signo de consagración y testimonio de fe. Se produce entonces entre nueva vida y bautismo un “círculo hermenéutico” que, a la vez que revela, recarga el significado de cada uno de estos polos. En efecto, la decisión de vivir una vida nueva le confiere al bautismo un verdadero sentido, y el bautismo, además de dar testimonio de dicha decisión, la proyecta e impulsa con el don santificador del Espíritu Santo.²³

* La verdad se concentra en la Palabra, y la fidelidad a la Palabra se comprueba en el en el ejercicio histórico de obediencia a la verdad. También aquí se produce un “círculo hermenéutico” entre la Palabra y el compromiso histórico con la verdad. El terreno donde tiene lugar este círculo es el discipulado, y su funcionamiento es como un dínamo de la santidad que moviliza a los creyentes en el seguimiento de Jesucristo.

* El amor aparece como un preludio de la salvación. Al vencer la indiferencia, las iniquidades y divisiones el amor nos coloca en una atmósfera de perdón, redención, solidaridad y fraternidad que permite creer en la promesa salvífica y crecer para la salvación. Asimismo, el horizonte de la salvación hace que cada gesto de amor se convierta en una acción trascendente a la cual Dios le asegura futuro y eficacia. De tal manera que aquí también acontece una circularidad donde el amor anticipa la salvación y la salvación garantiza el valor del amor.

* Los círculos que se tejen entre decisión de vivir una nueva vida y bautismo, entre obediencia a la verdad y Palabra, amor y salvación son los “círculos virtuosos” que permiten romper el poderoso “círculo vicioso” de la corrupción existencial. El funcionamiento de estos círculos es lo que le da fuerza a la dinámica de la santidad, transformando la vida en una constante peregrinación hacia lo verdadero, lo incorruptible y lo definitivo.

²³ Aunque el añadido “mediante el Espíritu Santo” (v.22) evidentemente interfiere con la estructura original del texto, muy probablemente Reina-Valera lo haya aceptado para fortalecer esa relación que necesariamente debe existir entre bautismo y nueva vida —es decir, la vida “purificada”, “renacida”.

Sinteticemos el recorrido que hemos hecho. Pedro enfrenta el falseamiento sacro-religioso y mágico-ritualista de bautismo, purificación y santidad conectando estas tres dimensiones de la fe con “la obediencia a la verdad” y con “el amor”. Con estos dos énfasis el autor produce en la comprensión de la santidad un salto cualitativo hacia el campo de la ética. Este salto de lo “religioso” a “la manera de conducirse” impide que la santidad sea concebida ahistóricamente. La santidad se revela así en todo su esplendor como dinámica de vida, como una marcha hacia lo incorruptible. Esta marcha se vigoriza con el funcionamiento de tres “círculos virtuosos” que están en la base de la fe: nueva vida y bautismo, compromiso histórico con la verdad y Palabra, amor y salvación.

Peregrinar en comunidad y edificar una casa para todos (1 P. 2:4-10).

La santidad tiene lugar históricamente mediante la “obediencia a la verdad”, y dicho compromiso con la verdad implica amar de verdad, es decir, amar “sin fingimiento”. Esto coloca a la santidad en la esfera de las relaciones sociales, el amor es una “bisagra” que articula la dimensión personal y la social-comunitaria de la santidad. Hay que afirmarlo categóricamente: la santidad cristiana es integral o deja de ser santidad. Se plasma en lo personal como fidelidad y amor a Dios, y se verifica en relaciones comunitarias y sociales como solidaridad y justicia para los demás.

Para Pedro el amor a los otros tiene, desde la perspectiva cristiana, una concreción primaria: la comunidad de la fe.

“Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.” (v.5)

La expresión *oikos pneumatikós* —que Reina-Valera traduce como “casa espiritual”— puede significar familia, pueblo, nación²⁴ o, si tenemos en cuenta el lenguaje cultural-sacerdotal que domina en el versículo, también se la puede entender como “templo”.²⁵ Pero sea que asumamos uno u otro significado resulta claro que la santidad pasa por la integración y la participación en la comunidad de la fe. Aquella nueva hermandad que Jesús anticipó como un designio para sus seguidores²⁶, configura ahora un elemento constitutivo del llamado a la santidad. Esta, en tanto “amor fraternal no fingido” (2:22b.), tiene que tejer esas relaciones de afecto, unidad y compromiso mutuo cuyo entramado le da a la comunidad de la fe una muy particular consistencia.

²⁴ Este significado el autor lo retoma más adelante cuando se refiere a la iglesia como “linaje escogido” (v.9a.).

²⁵ Por este sentido optan “Dios Habla hoy”, “La Biblia Latinoamericana” y la “Nueva Biblia Española”.

²⁶ Ver Mc. 10:29 y 30.

Teniendo en cuenta esta necesaria relación entre santidad y comunidad aquí se caracteriza a la santidad como “edificación”, *oikodome*. Mediante la utilización de este concepto, Pedro vuelve a ratificar, ahora desde un marco comunitario, su visión dinámica, progresiva e histórica de la santidad.

La versión Reina-Valera —a la cual pertenece la cita arriba transcrita— expresa esta “edificación” con la voz pasiva²⁷, en tal sentido se puede decir que en la vida de cada creyente la santidad es “construída” en virtud de un doble vínculo: con Jesucristo y con el pueblo de Dios. En el contacto con Jesucristo se encienden la fe y la esperanza, alimentadas permanentemente por la certeza del amor y la voluntad salvífica de Dios. Y la incorporación al pueblo de Dios hace al cristiano partícipe de la experiencia del cuidado mutuo, de una unidad que se galvaniza en el compartir la alabanza, la oración y proyectos de orden comunitario y de un amor que es capaz de vencer las diferencias para transformarlas en la riqueza del pluralismo y la diversidad. Esta doble conexión con Jesucristo y con el pueblo de Dios genera una corriente transformadora de la vida, un torrente de santidad que no sólo potencia lo mejor de cada uno, sino que también restaña las heridas, fortalece lo debilitado, y corrige lo errado.

Otras versiones de la Biblia expresan esta “edificación” en un modo más activo.²⁸ Desde esta óptica podemos considerar a la santidad como un llamado al compromiso de construir la comunidad de la fe. El creyente es como una “piedra viva” que unida a otras tiene que edificar la iglesia, mucho más que en su arquitectura institucional en una nueva fraternidad. La vida en santidad es el material de construcción que Dios ha escogido para levantar un “nuevo templo”²⁹ donde la humanidad pueda encontrar la dirección de su peregrinación, pueda hallar refugio en medio de las tormentas personales y sociales, pueda disfrutar de la alegría y la esperanza que despierta la comunión con el Dios de la vida.

En santidad los creyentes se convierten en simples “piedras” que edifican el nuevo pueblo de Dios. No importa si no son piedras grandes o muy pulidas, todas tienen una característica común: son “piedras vivas”, y todas contribuyen a un mismo fin: edificar una “casa espiritual”. El objetivo de la santidad no es descollar en la fe. La imagen de los santos y santas como “campeones de la fe” no es la única,

²⁷ Este tenor pasivo también se refleja en la Biblia Latinoamericana cuando traduce: “también ustedes son piedras vivas con las que se construye el Templo espiritual”; lo mismo en Dios Habla Hoy: “De esta manera, Dios hará de ustedes, como de piedras vivas, un templo espiritual”.

²⁸ “Entrad en la construcción de un edificio espiritual”, traduce la Biblia de Jerusalén. Y la Nueva Biblia Española dice: “van entrando en la construcción...”.

²⁹ Este nuevo templo no es como el que Jesús confrontó durante su ministerio: el templo de Jerusalén era material, este es espiritual; aquel era centralista, este es de la diáspora; al templo de Jerusalén sólo accedían los puros, este está abierto para todos.

ni siquiera es la más adecuada, representación de la santidad bíblica.³⁰ Las imágenes que confieren a la santidad un factor de encumbramiento pueden hacer creer que esta es sólo para una elite y que no está al alcance de las personas sencillas. Es posible que en algún momento de nuestra vida la santidad requiera una conducta “heroica”: asumir públicamente una oposición al poder, asumir libre y conscientemente un sacrificio sin otro móvil que el del amor y sin otro rédito que la coherencia ética y la paz espiritual... Pero si bien alguna vez la fe nos confronta con situaciones así, por lo general la santidad es una marcha sencilla y humilde. No es con personas grandes con las que Dios quiere y puede hacer maravillas, es con gente “pequeña” que hasta pueden llegar a sentir que su fe es insignificante.³¹

Ambas traducciones, la que expresa la “edificación” con voz pasiva y la que lo hace de manera activa, se complementan. En la santidad existen convergentemente estas dos dimensiones, se es edificado y se es llamado a edificar.

Esta doble dimensión se refleja en el hecho de que si bien estamos llamados a ser constructores del pueblo de Dios, esta construcción sólo tiene lugar desde una estrecha vinculación con Jesucristo. En relación con él lo que hacemos adquiere un sentido verdadero y trascendente; se hace “aceptable a Dios”, dice Pedro al final del v.5. Jesucristo es la “piedra viva” por excelencia (v.4a), por ende, debe ser la “piedra principal” de toda nuestra edificación:

He aquí, pongo en Sión la principal piedra de ángulo,
escogida, preciosa; y el que creyere en él no será avergonzado” (v.6)

Algunos comentaristas bíblicos piensan que aquí Pedro está haciendo referencia a una piedra de grandes proporciones que se colocaba en los cimientos del edificio para sostener y unir los ángulos que conformaban las diversas caras de la fachada. Otros entienden que esta piedra angular es la que se colocaba en los arcos —especialmente en el arco principal— para darle cohesión y terminación al edificio. Pero lo cierto es que únicamente en Jesucristo nuestra edificación personal y comunitaria puede encontrar fundamento y cohesión.

Ciertamente, lo que se sustenta en esta “piedra viva y fundamental” adquiere verdadera solidez y unidad, y nuestros mejores esfuerzos y los más altos sueños personales y comunitarios contarán con la fuerza y garantía de la promesa de Dios. Esa es la convicción de Pedro: desde la fe en Jesucristo, toda apuesta a la esperanza

³⁰ La Biblia no nos muestra a hombres y mujeres “extraordinarios”, por el contrario, siempre se destacan los rasgos “más humanos” —sus luchas, dudas, caídas, limitaciones y pobreza— de los personajes de la historia de la salvación. Hasta el propio Jesús es presentado de esta manera.

³¹ “El reconocimiento de la fe débil, reconocimiento que se expresa en la comparación con el grano de mostaza [Mt. 17:20; Lc. 17:6], es también característica de Jesús.” J. Jeremías, *Teología del Nuevo Testamento*, vol. I, 197, Sígueme, Salamanca, 1974.

de que la hermandad y la comunión son posibles, no será “defraudada”.³² Y toda construcción de instancias comunitarias que profundicen relaciones de amor “no se moverá”.³³

Por el contrario, lo que se erige sobre la base de la prepotencia, la injusticia, la mentira, el egoísmo, o la instrumentalización del otro, tarde o temprano tropezará y se derrumbará, ya que es sustancialmente corruptible y efímero.

El honor es para ustedes los creyentes; para los incrédulos, en cambio, es la ‘piedra que habían desechado los constructores la que se ha convertido en piedra angular’; más, ‘en piedra para tropezar y en roca para estrellarse’. Ellos tropiezan por ser rebeldes al mensaje: ése es su destino. (v.7b y 8)³⁴

Toda construcción que se hace al margen del amor, cualquier intento de pasar por alto la solidaridad y la justicia, o de torcer la verdad, irremediablemente se caerá; porque, como dice Pedro, “ése es su destino”.

Si bien la santidad es un llamado que se dirige a cada hombre y a cada mujer, a algunos los toca de manera especial. Estos son los que comprenden que Dios los convoca a ser sus instrumentos para la edificación de lo que podríamos llamar una nueva *oikoumene*.³⁵ Ellos y ellas son quienes, habiendo experimentado la gracia que “rescata”, reconocen que ahora sus vidas pertenecen a Dios, que el Señor los ha “adquirido” y “elegido” para hacer visible su proyecto de salvación.

Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios; en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, ahora habéis alcanzado misericordia. (v.9 y 10)

Una de las aristas de la santidad está en el carácter de ser “elegidos”, “separados”, como un nuevo “linaje”. Como ya se ha planteado, esto no conforma privilegio ni jerarquía alguna que nos permita considerarnos por sobre los demás. Para reafirmar esta visión, y despejar cualquier concepción de la santidad triunfalista o jerarquizante, este texto nos recuerda que en la historia de la salvación hay dos realidades que son inseparables: elección y desprecio. Los elegidos de Dios son,

³² El que confía en Jesucristo “no quedará defraudado”, así traducen la Biblia Latinoamericana, la Nueva Biblia Española y Dios Habla Hoy lo que Reina-Valera expresa como “no será avergonzado” (v.6).

³³ “El fundamento no se moverá para el que cree”, es la traducción que hace J.S.Croatto al texto de Isaías 28.16 que aquí cita Pedro. J.S.Croatto, *Isaías 1-39*, Comentario Bíblico Ecueménico, 164, La Aurora, B. Aires, 1989.

³⁴ Traducción de la Nueva Biblia Española.

³⁵ El término griego *oikoumene* hace referencia a la tierra como la “casa común”. No es la tierra como simple lugar geográfico sino como ámbito de vida. En este sentido el énfasis está puesto más que en la extensión geográfica en el espacio que el hombre construye —sociedad, cultura, orden político...— para una vida en común. El carácter de “casa común” reafirma el destino común.

indefectiblemente, los rechazados, los despreciados y los ignorados por el mundo. Esa paradoja por la que atravesó hasta el propio Jesucristo (“la piedra que los edificadores *desecharon*, ha venido a ser cabeza de ángulo”) es una impronta de la santidad que no puede ignorarse.³⁶

En razón de este ser escogidos por Dios, Pedro le asigna al pueblo de la santidad, dos veces en este pasaje, el papel de sacerdotes (v.5 y 9). Son varios los elementos que ameritan el uso de esta figura para referirse al ser y al quehacer de aquellos que han decidido vivir de manera acorde con la propuesta de Dios. Los sacerdotes eran puestos “aparte”, constituían una porción separada para servir a Dios y a los seres humanos (Ex. 10:8 y 9); eran consagrados, y esta consagración implicaba una “purificación” mediante un baño (Lv. 8:1-6)³⁷. Además, por la propia función que cumplían, eran santificados (Ex. 28:36; Lv. 21:6).

Esa santidad inherente a la función, ese estar “aparte”, significaba que el sacerdote participaba de la realidad de lo sagrado —ya no pertenecía al orden de lo profano—. En razón de estar habilitado y capacitado para incursionar en el ámbito de lo sacro, no sólo recaía sobre sus espaldas la custodia de las fronteras divisorias de una y otra esfera (Lv.10:10 y 11), sino que estaba llamado, fundamentalmente, a facilitarle a los demás el que pudieran acercarse a Dios a fin de discernir su voluntad, aprender su ley y alabarle (Dt. 33:8-10). Bien se puede definir entonces la función sacerdotal como la de un mediador entre Dios y los hombres —transmite una “respuesta de Dios” y explica su ley—, y entre los hombres y Dios —presenta las ofrendas y las alabanzas en el santuario—. Era una especie de doble representante —de lo divino y de lo humano— cuya tarea consistía en ayudar a reconciliar y religar ambas realidades para que fuera posible vivir una relación nueva, de verdadera y profunda comunión. En consecuencia, para los sacerdotes la santidad implicaba un estar “entre”: entre lo corruptible y lo incorruptible, lo perecedero y lo definitivo.

Como vimos en un comienzo este estar “entre” no significa dualidad ni ambigüedad sino, por el contrario, es la manifestación de una entrega y un compromiso profundos. Precisamente porque los creyentes sentimos de manera especial el llamado a vivir una santidad que se manifiesta como servicio a Dios y a los hombres, porque constantemente somos “purificados” por la Palabra de Vida y lo expresamos por medio del bautismo y porque en medio de las demandas del momento presente, somos parte de una realidad que lo trasciende, por todo esto es que Pedro no vacila en comparar a este nuevo pueblo, que se edifica y es edificado en santidad, con los sacerdotes de la antigua alianza.

Para comprender mejor el alcance de esta comparación es preciso subrayar una nota que Pedro agrega: el pueblo que vive en santidad es un sacerdocio en conexión con un reino —*basileion ierateuma*--. Si bien *basileion* puede ser un sus-

³⁶ Al conectar elección de Dios y desprecio del mundo como un binomio constitutivo de la santidad cristiana, el autor subraya una línea que aparece fuertemente trazada en los diversos momentos de la historia de la salvación. A modo de ejemplo: Dt. 7:6-8; 1. S. 16:6-12; Is. 52:13-53:12; Lc. 1:46-55; 1. Co. 1:22-31 y Stg. 2:1-7.

³⁷ Ya vimos la relación entre purificación, bautismo y santidad.

tantivo, aquí, por el ritmo que la frase posee, parece más acertado considerarlo como adjetivo. En ese caso tendríamos que entender el *basileion ierateuma* como “sacerdotes al servicio de un rey o de un reinado”.³⁸ Indudablemente esta relación con el reino ilumina de manera especial la función y la calidad de este nuevo sacerdocio, confiriéndole un carácter marcadamente escatológico. El pueblo de Dios es un pueblo escatológico, y por consiguiente, la santidad en la que está llamado a vivir también debe serlo.

En virtud de esta dimensión escatológica, el llamado a vivir entre lo corruptible y lo incorruptible, entre lo definitivo y lo perecedero, implica la conciencia de que se pertenece a Dios y al futuro de Dios, vale decir, a ese proyecto de salvación que es anunciado como el reino que está viniendo. Esta pertenencia al reino ratifica a la historia como el territorio sagrado donde Dios ha decidido que los nuevos sacerdotes deben desarrollar su tarea, y confirma que la vida cotidiana y las relaciones con los demás conforman una parte sustantiva del culto que él quiere recibir. En tal sentido, este sacerdocio que la comunidad cristiana tiene que encarnar adquiere una función anticipatoria, es como una suerte de “adelanto” de esa *oikoumene* que Dios desea que los seres humanos edifiquemos. En la vivencia fiel de “un amor sin fingimiento” que se hace justicia y solidaridad con los postergados y despreciados; en el compromiso constante con la verdad, el cual se revela como seguimiento en la espiritualidad y en la ética del reino, y en el fortalecimiento del vínculo de la unidad, en todo esto el pueblo de Dios, en tanto comunidad escatológica, se convierte en un paradigma de una vida diferente.

Este asumir comprometidamente el hoy, arraigados en la promesa de Dios que asegura que la búsqueda de la unidad, el ejercicio del amor y de la verdad tienen futuro, hace de la comunidad de la fe un boceto del reino. Este boceto muestra que no hay que resignarse ni creer que otra clase de vida es imposible sino que es posible “renacer para una esperanza viva”. La iglesia seguramente está muy lejos de ser aquello que Dios espera que sea pero, en la medida en que esté abierta a que el Arquitecto de la salvación la dirija y la perfeccione, será siempre un ensayo fructífero de una humanidad nueva encaminada en y hacia la santidad.

. Fecha de recepción: 21.4.02

Fecha de aceptación: 12.6.02

Raúl Sosa es Licenciado en Teología en el ISEDET. Es pastor de la Iglesia Evangélica Metodista Argentina y se desempeña como Superintendente en la ciudad de Córdoba, Argentina.

³⁸ Mientras que Nueva Biblia Española y Biblia de Jerusalén traducen “sacerdocio real”, Reina-Valera traduce “real sacerdocio” y Biblia Latinoamericana, “un reino de sacerdotes”, Dios Habla Hoy traduce “un sacerdocio al servicio del rey”

Copyright and Use:

As an ATLAS user, you may print, download, or send articles for individual use according to fair use as defined by U.S. and international copyright law and as otherwise authorized under your respective ATLAS subscriber agreement.

No content may be copied or emailed to multiple sites or publicly posted without the copyright holder(s)' express written permission. Any use, decompiling, reproduction, or distribution of this journal in excess of fair use provisions may be a violation of copyright law.

This journal is made available to you through the ATLAS collection with permission from the copyright holder(s). The copyright holder for an entire issue of a journal typically is the journal owner, who also may own the copyright in each article. However, for certain articles, the author of the article may maintain the copyright in the article. Please contact the copyright holder(s) to request permission to use an article or specific work for any use not covered by the fair use provisions of the copyright laws or covered by your respective ATLAS subscriber agreement. For information regarding the copyright holder(s), please refer to the copyright information in the journal, if available, or contact ATLA to request contact information for the copyright holder(s).

About ATLAS:

The ATLA Serials (ATLAS®) collection contains electronic versions of previously published religion and theology journals reproduced with permission. The ATLAS collection is owned and managed by the American Theological Library Association (ATLA) and received initial funding from Lilly Endowment Inc.

The design and final form of this electronic document is the property of the American Theological Library Association.